

Hombre sobre una escultura

Álvaro del Olmo Alonso



«Se admiten apuestas
absurdísimas siempre que
estén claramente justificadas».

Rayo verde
editorial

Hombre sobre una escultura

Colección Rayos globulares

(15)



Primera edición: noviembre 2014

Título original: *Hombre sobre una escultura*



Álvaro del Olmo Alonso

C/o Rayo Verde Editorial, 2014

Diseño de la cubierta: Noemí Giner

Producción editorial: Marina Del Valle Blanco

Ilustración de la cubierta: Sol Undurruaga

Composición ePub: Pablo Barrio

Publicado por Rayo Verde Editorial, S.L.

Gran Via de les Corts Catalanes 514, 1º 7ª

08015 Barcelona

rayoverde@rayoverde.es

www.rayoverdeeditorial.com



[@Rayo_Verde](https://twitter.com/Rayo_Verde)



[RayoVerdeEditorial](https://www.facebook.com/RayoVerdeEditorial)

ISBN ePub: 978-84-15539-76-6

BIC: FA

Una vez leído el libro, si no lo quieres conservar, lo puedes dejar al acceso de otros, pasárselo a un compañero de trabajo o a un amigo al que le pueda interesar.

La editorial expresa el derecho del lector a la reproducción total o parcial de esta obra para su uso personal.

Hombre sobre una escultura

Álvaro del Olmo Alonso

Rayo verde
editorial

*«Los clubes, los cafés, las tabernas han sido la cuna
donde esta singular revolución, concebida desde hace
años, ha nacido y se ha fortificado»*

*Jean-René Aymes
(41:30)*

«Your key to life in the city»

Publicidad de una revista turística

Índice

I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX
XX

XXI
XXII
XXIII
XXIV
XXV
XXVI
XXVII
XXVIII
XXIX
XXX
XXXI
XXXII
XXXIII
XXXIV
XXXV
XXXVI
XXXVII
XXXVIII
XXXIX
XL
XLI
XLII
XLIII
XLIV
XLV
XLVI
XLVII
XLVIII
XLIX
L
LI
LII

LIII
LIV
LV

I

Seis dieciséis. Diáfano. Ya se lo dije a Sophie antes de entrar, antes de desenrollarme la bufanda, dejarla colgando al hombro y prolongar la cola en el cuartito. Pobre cuartito, falta de pintura y luz. Pobres desconocidos. Alguno teme que lo reconozcan, teme coincidir por cruzar sin querer la mirada. En la intimidad puede tener sentido, pero cada segundo en la cola visible es más tiempo para mirarse las tripas, y qué incomodidad ¿Qué hará aquí este hombre, qué falta le hará? Tal vez acostumbre a ir al Casino o a los caballos y aquí venga de encargo por culpa de un capricho ajeno. Además, está contento, no se avergüenza, luce el contraste del traje con las grietas de la pared. Vaya, este otro sí que lo necesita. Si da con el reintegro y recupera lo perdido, se sienta a mirar el boleto frente a la tele de su casa, se tiente el bolsillo, ojea las facturas sobre la mesa, se atusa la calva, oye un grito de su mujer enfadada por algo, da una excusa y se larga otra vez a la calle a por tabaco, o a por cigarros a Cuba. ¿Exagero? No sé si exagero, pero

cómo no hacerlo si la cola de individuos dispares esperando turno para elegir números, a la manera de nadie sabe cómo, tiene algo de onírico o de ecuménico. No sé si ecuménico. ¿Ecuménico? ¿Era relativo al orbe, o una cuestión bovina?

Seis dieciséis. Sophie cree que lo he dicho por decir, que estoy jugando a ser adivino. Marca, le digo; seis dieciséis. El resto aún no lo sé, pero los dos primeros están claros.

Marca tú, dice ella, algo molesta, pero conserva la elegancia. Le arrebató el boli. Dos crucecitas. No hay duda, van directamente adonde tienen que ir. Seis dieciséis. Debí heredar su ritmo de alguna palabra importante, o tal vez los fonemas casen con algo que olvidé hace poco.

Confío en que ella haga lo propio, que encuentre los números primero y acto seguido los tache. Sophie observa el boleto con el boli detenido en su mano. Lo ha tomado fingiendo seguridad, pero mira cómo mantiene alejado el boleto a lo largo de medio segundo gigante. Significa que no los sabe, que no sabe los números. En ese momento, en el instante extendido, no sabe si continuar fingiendo que conoce el número siguiente o si excusarse alegando que me opere de mis tonterías. ¿Eh? Sophie marca de golpe todos los números que quedaban. Todos. *Chas*. Y eso que acordamos ir a apuesta única. Seis dieciséis estaba claro, pero el resto había que pensarlos si no se sabían, esperarlos. Que no son relleno, que no estamos jugando al parchís. Por favor. Así no puede acertarse nunca.

Oye, si no te gusta lo arrugamos y hacemos otro, dice ella, que me ha mirado y ha visto mi cara. Pero no, ya no sirve. Como si el boleto que rellenamos, con el seis dieciséis seguro, fuera el mismo que otro papel cualquiera con el seis dieciséis vueltos a marcar con desgana. No. Se arruina todo, tal vez entonces no rime. Esas cosas importan, las variables se recalculan.

No, déjalo, le digo. Hasta le sonrío. Pero no es cinismo. Es sólo que no se puede expresar siempre hasta la última cosa que uno sepa cierta. Eso no es convivir, no es civilizado.

Sophie se guarda el justificante. Yo la copia carbón del papel que contiene las cruces de uno y de otro, el que no sirve para nada pero gusta ojear más tarde. Ella abandona el cuartito dando pasos largos, delante de mí, a ver si sin mirarme unos segundos se le calma el principio de enfado. No queda nadie en el cuartito, hay un vacío de gente que se ha marchado con números en el bolsillo. Hacer fuerza para pensar en otra cosa. Un desierto. Una fotografía de...

¿Es de estas raras?, dice Sophie. Señala el luminoso de la acera de enfrente.

No lo sé, no he leído nada.

Parece que sí lo es. ¿Por qué están de moda estas obras?, dice tras estudiar el cartel, y me tira del brazo y cruza. No ha mirado, está oscuro.

Varias cosas, hay muchos motivos..., digo. Un coche nos pasa rozando. Nos pita. Con razón. No se hacen preguntas de este tipo cruzando la calle. Uno sufre interrupciones. Hay que estar sentado en un café, como mínimo. Ni

estando en la cama tampoco. Me mira culpable, pero lo peor no ha sido el coche explicando el efecto Doppler. Ahora quedó todo congelado.

Perdón, dice Sophie.

No pasa nada, le contesto, pero mi boca apretada la culpa. Qué le vamos a hacer. Lo peor en realidad ha sido que Sophie me hablara por hablar, y cruzar la calle a la vez que me pregunta el porqué del teatro actual. Menuda cuestión. Dan ganas de elegir punto de vista y de hacer apología de lo que toque como en las clases de ética del instituto.

¿Tienes las entradas?, dice Sophie. Se las muestro. Sophie se las entrega al hombre, que las rasga y se las devuelve, sin tocarlas apenas. No me suena el señor, creo que es nuevo. Pero lleva gorra y guantes y, además, es mayor. Parece un mayordomo tratando de reconvertirse a hombre de las entradas. Un mayordomo inquietante, con los párpados extendidos y una larga papada arrugada. Tal vez haya un asesinato en mitad de la obra, y tendría que haber estado pendiente del mayordomo para haberlo impedido. Tal vez, al terminar el primer acto, Sophie habrá ido al servicio porque ha recordado que sus fans le dicen que le sienta bien la cara empolvada y los labios perfilados. Al comenzar el segundo, aún no ha vuelto y hago cábalas sobre qué hice para reavivarle el enfado. Pero no me preocupo porque, claro, concluyo, trata de hacerme rabiar. Pero llega la última parte de la obra y veo al mayordomo de las entradas moverse deprisa entre las butacas, y dónde

está Sophie, dónde está Sophie. Oh, Dios, el mayordomo de las entradas tiene el traje negro manchado de polvos de maquillaje, no sé si el maquillaje manchará, y salgo tras él pero se cuela por una sombra que guarece una esquina. O una cortina. No: una puerta.

Hércules.

Dime.

Vamos mejor por este lado. Son aquellos dos, esos dos huecos, sugiere Sophie, con las entradas en la mano.

¿Habrá una nota al reverso? ¿Dónde está el mayordomo? La gente se acomoda. Las obras de este teatro suelen contar con un presupuesto decente. ¿Sabrá tanta gente qué ha venido a ver? ¿Será la obra? ¿Será La Obra? ¿Y si es ésta? No nos engañemos, la probabilidad es más pequeña que la suerte que le hemos deparado al boleto del seis dieciséis, malcriado y mutante por los números de Sophie. Sophie tan buena persona, buscando los asientos, pensando en los asientos, en qué lado prefiero, en odiar al de delante si su altura lo merece. Sophie no sabe que la he pensado tal vez muerta a manos del mayordomo de las entradas porque de ese modo nunca le pasa nada malo.

Hércules, dice Sophie, y se acurruca en la butaca. El de delante es bajito y sin cuello.

Dime.

Perdona por lo de antes.

¿Por qué?

Antes, al cruzar la calle. Por arrastrarte sin querer, se disculpa Sophie. Sophie sale de alguna parte con el vestido

rasgado, persiguiendo al mayordomo en dirección a la cortina, porque lo vio tratando de cometer el crimen y lo impidió de casualidad. Sophie es medio ninja y yo sin saberlo.

No te preocupes, le digo.

Sophie tan dulce. Si fuera mi pareja, mi pareja del todo, ahora mismo la besaría. Ya estamos otra vez ilusionados con algo, con algo invisible, con nosotros mismos, parece. Y si la obra es terrible ya da lo mismo, en su casa espera un sofá blando y rojo y, además...

Sophie, ¿tienes sueño?

La verdad es que no.

...y además no tenemos sueño.

Oye, ¿te fijaste en el acomodador? ¡Qué ancianito tan elegante!, dice Sophie. Eso: el acomodador.

II

Vamos a un café decente, Cyrille.

¿Qué te pasa?, éste está bien. Llevará abierto un par de meses. Probemos.

Me hundo en estas cosas. Aquí no hay sillas, hay objetos amorfos traídos directamente de la imaginación sin pasar por la fábrica.

Eso debería gustarte. Parece mentira. Cualquiera que te oiga.

No nos confundamos. Estoy hablando de mi dolor de espalda.

Cuéntame. ¿Fuiste con Sophie?

Fui con Sophie.

¿Y qué pusiste?

Todavía no he redactado el informe, pero pondré que sí. Cyrille, estoy sentado encima de una vaca, lo cual sería estupendo si no fuera porque es rematadamente incómoda. Vámonos al Noruego. O al menos vamos a quitarle el sitio a esos dos. Los que están sobre el caparazón de la tortuga.

Venga, Hércules, haz algo con tu incomodidad. Que te sirva.

Difícil. ¿Qué has pedido?

Aún nada. Me apetece un vienés.

¿Y la nata la sirven con forma de ánade?

Exacto, dice Cyrille, que simula que no le hace gracia, que no imagina al camarero haciendo artificios con el bote de nata para armar un pato sobre la taza mientras pone cara de pintor inspirado. Pasa que me ha escuchado tantas veces.

¿Y qué tal está?

¿La obra? Ya te dije.

No, la obra no. Me refiero a Sophie. Hércules, estás ido. Hazte uno con la vaca.

Sophie está bien. Hoy trabaja. Debe de estar a punto de salir. ¿Aquí no hay televisor? No, claro, no hay. Hacen bien.

Ahí detrás hay unas pantallas en las que proyectan cosas, pero creo que son fragmentos de películas y videoclips.

Ahora la gente tira cantidad de audiovisuales. Ayer el teatro parecía un cine de verano. ¿Cyrille, le estás haciendo una foto a mis partes?

No, a tu sofá montura vacuno, dice Cyrille. Se da la vuelta y tira fotos a toda la visual, como para componer después una panorámica. Pero, ah, gira la cámara antes de cada disparo. Estará pensando un mosaico de imágenes giradas. Tal vez le guste repetir el ejercicio porque le recuerda la exposición que casi lo hace famoso, que pareció quedarse al límite de empuje necesario.

Cyrille el día del estreno, al cierre de la exposición que instaló en su estudio luminoso tamaño piscina olímpica, sin pintar y barato, qué chollo sospechoso.

Cyrille a las dos de la mañana tirado en el sofá mirando en silencio los paneles que Sophie le ayudó a colocar. Pero Cyrille no miraba las fotos, no juzgaba el éxito de la exposición, si le habría servido o no para poder rechazar con holgura la próxima boda. Cyrille pensaba en él mismo sentado en el sofá mirando el estudio. Las copas sin recoger y el eco de la puerta recién cerrada por el último visitante, ese alemán que ojalá fuera un comisario de algún gran museo berlinés.

Cyrille derrotado de cansancio, profundamente instalado en el sofá. No creía poder contratar un *catering* a la altura, había dicho él; pero qué altura era ésa exactamente, le contesté. De modo que la víspera estuvimos montando sándwiches también hasta las dos, hubo que hacer mucho café y cambiar de disco tantas veces, y Cyrille suspiró con dolor cansado cuando manchó de mayonesa la cara gorda de Ella Fitzgerald. Quizás, cuando se entregó al sofá en silencio tras cerrarle la puerta al alemán, ya supo que la exposición no había sido una maravilla y por eso invertía ese tiempo en pensarse a sí mismo. Ha abandonado la panorámica. Deja la cámara en el pecho y se derrama en su pera gigante. Fatal, nada seductor. ¿Qué le ocurre?

¿Qué te ocurre?

No te lo vas a creer, dice, balbucea Cyrille, la boca caída. Ha tenido que tragar y despertar la lengua para

pronunciar. ¿Qué le pasa?

Vas a pensar que te traje aquí por esto, dice, anuncia Cyrille. Se le ha secado la cara, algo le ha frenado el aire del cuerpo. Ha visto algo. Pero no se trata de algo malo. Cyrille cara de sorpresa extraña, incontrolable, un hijo que ya habla aparecido de súbito, una tormenta que agita el interior de una casa. Cyrille me mira y hace acopio de oxígeno. No, no ha visto algo. Ha visto a alguien.

Viene Oko, dice. Eso dice Cyrille: viene Oko. Oko dónde, Oko por qué. No puede ser. ¿Acaso esta ciudad es una aldea de cuento? Pero ahí viene, es cierto.

Oko es cárnica, es piel mate que aparece entre la ropa que se mueve. Oko las piernas amplias, los muslos que caminan hacia aquí tersos y firmes, como sus senos o su mirada rasgada nipona que esconde sus ojos brillantes y enjugados. Oko de cintura irreducible, de caderas que hacen *chas* al cogerlas de golpe con toda la palma de la mano; Oko de espalda en la que hay que detenerse tantas veces y que ahora está enseñando hasta el final por la flecha del vestido. Cyrille se frota la cara, necesita apartarse un poco. Y yo. Yo quiero desaparecer.

¡Qué bueno! ¡Cuánto tiempo! ¿Qué hacéis?, dice Oko moviendo la boca. «Qué bueno, cuánto tiempo, qué hacéis» en la boca en Oko. Cyrille intenta un saludo volviendo la cabeza hacia ella. Murmura cosas, ruidos, levanta las manos intentando acogerla.

Hola Oko cómo estás entredice Cyrille. En lugar de saludarla parece que se disculpa por alguna cosa. Oko pone

nervioso a Cyrille porque Oko me pone nervioso a mí.

¿Estáis servidos?, dice Oko, y sonrío.

¿Trabajas aquí?, le digo. ¿Le había hablado antes o es la primera vez que abro la boca? Quiero desaparecer. Pero dignamente la miro.

Llevo una semana. ¿Te gusta el uniforme? Bueno, mi uniforme.

Sí. Es un poco de prostituta, le digo. Ríe otra vez.

¡No! Es de estudiante japonesa que se prostituye, corrige Oko, mirándose las botas.

Un respeto a tus antepasados, Oko, interviene Cyrille.

¡A mis antepasados! ¡Qué melindroso! ¡Pfff!, dice y se lleva las manos a la cabeza. Cyrille se curva, se esconde en la pera.

¡Vamos! ¡Os invito!, dice Oko, que lleva siete días trabajando aquí pero nos invita. ¿Qué queréis?

¿Qué pasó con el Casino?

¿El Casino? Casino *no more*, lo dejé. Soy una ludópata.

Pero si no podías jugar, dice Cyrille. Oh, Cyrille. Ha sido aparecer Oko y caérsele la personalidad al suelo.

Por supuesto que no podía jugar. Por eso me fui. ¿Y vosotros? No os veo por allí desde hace... Ni allí ni en ninguna otra parte, dice Oko.

¿Es que eso le sorprende? ¿Le sorprende no verme después de todo?

Yo sí voy, pero habrá coincidido con que tú no estás, dice Cyrille. Oko lo mira. Oko deja de mirarlo.

Vayamos algún día, me dice ella. Me mira un instante.
Dolor de vientre disimulado.

¿Luigi sigue por allí?

Ahí está. O ahí lo dejé. ¡Vamos a verlo! ¿Sí?

Claro. Vayamos.

¡Vayamos hoy! ¡Luego! Pero, decidme, ¿qué os apetece tomar? ¿Una cerveza, un vino, infusiones exóticas? Tenemos unos batidos de fruta impresionantes, dice. Batidos de fruta impresionantes.

Para mí un café, dice Cyrille, saliendo de las profundidades de la pera.

Yo no sé qué decir. Ella me espera observándome. No se sabe qué está pensando hasta que te lo dice. Nunca. Jamás se sabe. Ella te mira provocando pausas en tu cabeza. Yo intento defenderme de la hipnosis, procuro avivarme. Pero es difícil no prestar atención al silencio. Entonces arremete con una frase que no se sabe en qué momento del silencio la pensó. Eso hace ella.

Una cerveza para Hércules.

Que esté fría, digo.

Muy fría, dice.

Bien fría.

Híper fría.

Híper fría, digo.

Te mueres de fría. ¿Qué tal la vaca? ¿No te encanta, no la adoras? No, no la adoras, estás incomodísimo, no volverías nunca, dice, se sonríe y se vuelve.

Mis manos que han ido a parar a mis muslos.

Ahora vengo, explica Oko, y se aleja. El pelo oscuro acabado en punta, paralelo al escote triangular de la espalda. Cyrille recupera la cámara de la mesa y observa a Oko caminar. Piensa en la foto que quisiera tirar pero no va a atreverse.

¿Qué es eso de híper fría?

No lo sé, nos metíamos en bucles así con facilidad.

No entiendo. ¿De qué hablabais ahora?, dice Cyrille, herido, excluido.

Debería dejarse caer del todo antes de volver a respirar. Me acomodo en la vacasofá. El frío de la cerveza ha progresado al calor de las palabras que hablaban de frío, cerveza híper fría.

No lo sé. Ha pasado tiempo. Esas cosas se pierden.

¿Por qué la dejaste? Nunca me quedó muy claro, dice Cyrille.

No la dejé.

¿Por qué te dejó?

No me dejó.

Bueno, ¿por qué dejasteis de veros?, dice.

Es una buena pregunta. Cerveza híper fría. ¿Por qué dejamos de vernos? La primera vez que la vi: Oko canturreando una canción que sonaba en las inmediaciones de la barra del Casino, una canción triste y desgarradora que ella chillaba menospreciando todas las desgracias. Chillaba y se reía, abrazaba a la otra camarera y bailaba con ella.

Ahora no es una camarera. Se balancea de una mesa a otra, charla y enciende a cada grupo por el que pasa. Siete días trabajando aquí y parece que los conoce a todos. No es una camarera. Lo es sólo en el instante en el que anota las bebidas en su libreta menuda que apenas se ve; Oko tomando notas sobre la palma de su mano, recorriendo sus brazos, su rodilla, su corva, la piel de su cuerpo que calienta y humilla la tinta que por ella pasa y la hace desaparecer limpiándose como los gatos. No, no está trabajando.

¿Cómo se hace para esperar a Oko? Si estuviera solo, sería posible perderse en alguna imagen, pero incluso la compañía sincera y tranquila de Cyrille demanda no quedarse varado. Que vayamos hoy mismo al Casino a ver a Luigi, ha dicho. Con lo que queda de hoy, hoy debe de significar la siguiente madrugada.

*

Cyrille desertor consentido. Es tarde, Hércules. Mañana quiero levantarme pronto para no sé qué, algo se me ocurrirá, elegiré cualquier pretexto que ya mañana habrás olvidado. Cyrille piel de caracol. Caracol flacucho. Se ha quedado sólo con la mejor parte. Fotografió a Oko. También a la chica de melena y sombrero. También al anciano que recibió gentil el taburete que le tendió Oko. Que se había equivocado de local, eso pensamos todos, pero Oko recibió al anciano con honores, sin ápice de vergüenza ajena. Aún el bar estaba atestado de gente y yo veía pasar a Oko entre las piernas y los torsos oscuros, a Cyrille escurrirse por la

sala protegiendo la cámara, y a alguno aprovechando su ausencia para hacerse hueco en los cuartos traseros de mi vacasofá.

Y fue antes, aún no había entrado el viejo, aún Oko no lo había coronado excelente miembro honorario, cuando la chica del sombrero parisino se desprendió de su grupo y alcanzó la barra para colgarse del cuello de Oko y decirle algo, una buena noticia, un embarazo, una huida, una plaza en una administración secreta para diseñar el movimiento de las llamas. Oko la agasajó, la quiso. De modo que, mira, ahora Oko tiene una amiga cercana hacia la que siente verdadera estima. Oko no es mujer que abraza por compromiso, ni siquiera a otra mujer. Le besó la cara, la felicitó. Después alguien, Oko no, Oko no fue, nos trajo las bebidas pero Cyrille ya estaba perdido haciéndole fotos discretas a todo lo posible, a la luz amarillo bayeta que emanaba bajo mi vacasofá, el dintel iluminado de una puerta fantasma y enferma. Sorbía el vienés descendido a café con leche y miraba las fotos en el *display* de su cámara nueva, menudo invento del diablo. Como que fingía cansancio. Pero no era eso. Era la sorpresa que Cyrille quería rechazar y que no obstante corría por sus venas como una enfermedad en ciernes. Quería dejar de pensar en que, después de tantos meses, me he encontrado con Oko. Quería ignorarlo, no mirarlo a la cara. Con razón. Cyrille es un hombre con cabeza. Aún no se había marchado cuando entró el anciano que disparó

enormemente la varianza de edad del local. Todos lo supusimos extraviado. Pero Oko se le tiró al cuello.

¡Abuelo!, decía, repetía. Lo aproximó a la barra que no sirve de nada con tanto sofá imaginario y le tendió un taburete. Un taburete normal. Le pidió un refresco a su compañera y después le tiró un beso para agradecérselo, un beso exagerado desde sus labios gruesos y sin pintar. Oko no trabaja en ninguna parte, Oko ha decidido echar allí las tardes pasándoselo bien y sirviendo bebidas de vez en cuando.

Entonces Cyrille se marchó. Bien por él. Hora y media de espera mirando al viejo dignamente erguido sobre un taburete. Y a Oko curvar la espalda de mesa en mesa. Y al viejo y a Oko mantener un par de conversaciones breves. ¿Oko es su nieta, entonces? Todas las charlas las iniciaba ella cuando pasaba junto al viejo, que bebía pausadamente sin esperar nada a cambio. Qué elegante. Qué anciano. El abuelo de Oko era un monumento a la dignidad humana. Y, aun así, creo que no debí acercarme a él. ¿Por qué no me marché con Cyrille? Porque Oko me prometió ver a Luigi. Aún sentado en la vaca pasó cerca de mí una vez, me saludó con los ojos y no pude corresponderle porque, *zas*, al punto se giró para servir a los hombres sobre la mesatortuga. Para ella, el que llevemos meses sin vernos es un comentario al margen. Sí, debí marcharme con Cyrille y no cansarme de esperar a Oko. Así no habría escuchado la voz del abuelo de Oko cuando me dirigía a la barra a

abonar mis invitaciones, la venerable voz de anciano oso panda desterrado por voluntad propia.

Me marchó, hija.

¿Ya? ¡Abuelo, quédese! En un rato cerramos y nos vamos a la calle a enfriarnos un poco el cuerpo.

No, hija. Hoy no.

¿Por qué, Abuelo? Mira, Hércules, te presento al abuelo. Abuelo, éste es Hércules, dijo Oko. Qué es más imposible, que ese hombre de ojos como platos sea su abuelo o que le pida unirse a la fiesta que comienza a las cero uno. Me dio la mano como si hubieran pasado décadas desde la última vez que lo hizo. Abuelo con jersey de lana marrón a rombos en el lugar de las luces de madrugada saludándome tan fresco. Conforme: si Oko tuviera abuelo, bien podría ser éste.

Se marchó abrazado y besado, sorteando las súplicas y los objetos sofá. La chica del sombrero parisino vino de nuevo a la barra junto con uno de su grupo, ese grupo próximo a Oko al que nunca quise conocer demasiado.

¿Quién era?

¡El abuelo de Oko!, dijo la chica de melena castaña bajo el sombrero gris, y rio al mismo tiempo que Oko, extraña fusión de armónicos. La chica me sonrió como una abuela que agradece una visita, cegadamente, con los pómulos inflados como dos albaricoques. Qué simpática. Qué niña. Entonces aún creía que a todos nos llegaría la madrugada, que iríamos al Casino a ver a Luigi, y la noche se alargaría tanto que, incluso, sobraría tiempo de Oko para conocerla a

ella, a su amiga sorpresa, y saber tras el beso de despedida si efectivamente huele a fruta del bosque.

Bueno, ¿cuándo acabas? ¡Vámonos!, dijo, dijeron, alguien del grupo dijo. Allí Oko debió haberse arrimado a mí y pedir disculpas. Lo siento pero me acabo de encontrar con Hércules meses más tarde y vamos a volver al Casino a recoger a Luigi, nuestro extraño amigo común.

Sí. Vámonos. Ahora mismo. En breve. Recojo y ya, dijo. Toda la despedida ha sido como necesitar extraer de una santísima vez una muela dolorida. Tenderle un billete y pedirle que me cobrara fue tal vez un gesto feo, sobre todo cuando prometió invitarnos.

¿Te vas?

Sí, me voy, y casi de inmediato, sin ruegos ni preguntas Oko se subió a la misma cosa a la que se había encaramado tras la barra para despedir al abuelo con comodidad. Su abrazo en apariencia sincero, su hombro medio desnudo. Yo quería soltarme rápido, secuestrarle el olor de su cuerpo y marcharme de allí.

¿Cuándo vamos a ver a Luigi?, dijo entonces. Pero, por favor, ¿realmente se ha alegrado de verme? ¿Ha recordado algo en algún momento de todos estos meses? Cerveza fría hiper fría, pero resulta imposible adivinar qué pasa por detrás de sus ojos japoneses. Así que estado de ánimo falseado con saña, hasta límites groseros.

Ah, es cierto, dijimos que iríamos a verlo. Vamos cuando quieras, dije. Eso dije.

Te llamaré, contestó Oko.

Que me llamará. Yo sintiendo náuseas y ella diciendo que me llamará. Ojalá me encuentre con el viejo y pueda preguntarle unas cuantas cosas. Todo eso se perdió Cyrille, que ahora debe de estar calentito en su estudio mientras que yo camino a deshoras con el frío atacándome los tímpanos y doblándome el espinazo. El bus nocturno recoge a las personas que quedamos desperdigadas. El bus es una gota gorda que recorre el cristal engullendo a las gotas chicas. No viene. Tal vez olvide pasar por esta calle angosta y cualquiera. Sophie dejándose llevar por mí, aquel día en que salimos de madrugada de la obra que terminaba en una batalla de cojines y peluches.

«Hércules, salgamos a una avenida y cojamos un taxi».

«No, Sophie, déjalo. Camina conmigo. Quedan pocas semanas sin frío. Ven. Caminemos», le dije a Sophie.

Adheridos a la acera los dos, recién salidos de la obra de la llamada, no ejecutada, batalla cojinal. Que tampoco servía. Dejan bien, obras así lo dejan a uno sano. Hay que elogiarlas, hay que producirlas, hay que ir a verlas. Pero si todas fueran una variación tímida y contenta de algo ya hecho, miraríamos el calendario y seguiríamos siempre en el mismo mes.

«¿Durante cuánto tiempo? ¿Pretendes ir andando hasta tu casa? ¿A esta hora?», dijo Sophie.

Esas obras agradables de hora y media no sirven. Si sirvieran producirían lo contrario, sentirse despegado. La acera existiría apenas. No sentiría en absoluto el frío, o el frío sería un alimento más. Si pudiera mantenerse después

de escuchar la *Gran Polonesa Brillante*, si pudiera prolongarse a voluntad el instante posterior al primer acorde de *Carmina Burana*, si eso que ocurre entonces no se esfumara, este frío no sería frío, ni esta acera acera, y el bus ya podría tardar tres lustros en venir, que yo no necesitaría nada. Podría vivir aquí, en esta calle oscura y húmeda, bebiendo el agua acumulada en los canalones y convertirme en un *cometranseúntes* desamparados. Suficiente para sobrevivir. Dirían que en la calle tal hay un ser extraño y malvado que se come a las personas, una especie de Batman a la inversa. Quien dice a las personas dice a los gatos o a las ratas o a un ser que consigue sintetizar los vapores de las chimeneas para su sustento. Claro, que habría que moverse por el barrio para despistar a las autoridades y a los fotógrafos.

Cyrille dice que si pudiera mantenerse, si eso que ocurre no se evaporara enseguida, se quedaría quieto y se moriría de hambre. Eso, lo que sea, desaparece y a uno le entran ganas de orinar, o bien considera que la sensación de tener los dientes sucios es muy desagradable y va y camina al baño para ponerle remedio. Uno está tan caliente bajo una manta.

«Sí, sí, andando a casa, Sophie. Vamos, yo te acompaño.»

«Vamos a tardar horas.»

«Cojamos un bus», dije, repetí, con un ímpetu incomprensible.

No cogimos el bus. No somos pareja ni lo éramos entonces. Y aun así verla subirse a un taxi al doblar la

esquina hizo que llegara el invierno. Me senté a esperar el mismo bus que ahora no pasa. Dónde estará Oko y su amiga. Habrán cerrado ya el bar. El gorila, la vaca y la tortuga cobran vida y comentan las vicisitudes del día, el escarnio de la tortuga por soportar a dos gordos. La primera vez que la vi: Oko bailando con la otra camarera del Casino, burlándose de la canción a las cuatro de la mañana. Después me contó que acababa de llegar de Ámsterdam, de animar a su amiga la jardinera en el concurso de podar.

¿Qué?

Un concurso de podar.

¿De podar plantas?

De podar plantas y setos. ¡Que sí! Una vez al año, decía. ¡Va cantidad de gente! ¡Y jalean a los participantes con los dedos gigantes que se ponen los americanos para ir al fútbol americano!

¿Te pusiste un dedo gigante para animar a tu amiga a que podara?

¡Claro!, dijo, y lo sacó. Sacó un dedo gigante de gomaespuma verde de detrás de la barra del Casino.